

DAME CALORÍAS

El drama venía gestándose desde hacía tiempo, y no por anunciado fue menos duro: había llegado a los cien. Kilos, no años. Como un solo hombre, agoreros de toda especie cayeron sobre mí: “Estás llamando al infarto”, “Ya puedes ponerte a dieta” o “Es por tu salud”. Su contumacia, digna de mejores causas como las medioambientales, me hizo ceder y verduras y pescados hervidos conquistaron el territorio que antaño había sido patrimonio de carnes y pasteles.

Mi vida se desmoronó. Miraba las coles y los brócolis, y añoraba a los ausentes, mis calóricos amigos: Aquí, en esta curva del plato se recostaba el apacible jarrete. Por allí se desbordaba la pizza, con su séquito de quesos y lonchas de pepperoni. Evadirme saliendo a la calle era peor: desde las charcuterías, los perniles me lanzaban cantos de sirena envueltos en suculentísimos olores. Por las noches, magras nutricionistas montadas en escobas irrumpían en mis sueños armadas de borrajas y puerros...

¿Dónde estabas, salud? Por ella llevaba un mes a calditos y rábanos, y ahora me dejaba cociéndome en mi propio jugo.

Me salvó, por supuesto, mi madre. El día que fui a felicitarle por su cumpleaños abrió la puerta y, viéndome escuálido y tambaleante, se tragó todos los reproches que me tenía preparados por no haber ido en un año y bramó: “¡Ahora mismo te comes una fabada con morcilla y chorizo!” Quién le discute nada a una madre, sobre todo en materia culinaria. Nadie, en la historia de la Humanidad, ha devorado con más fruición una fabada. Las luces de mi vida volvieron a encenderse, el mundo recobró los colores, mi cuerpo las fuerzas y mi mente la razón.

¡Nunca más! ¡Dieta nunca más! Qué malas son las grasas pero... ¡qué buena está la sobrasada!